

Porque el rebato, el tráfago, el rüido,
La priesa, confusion y gritería,
El pismo, la congoja y agonía,
La pena deste daño y de sentido,
El mar furioso, el viento embravecido,
El cielo que de oscuro no se via,
Era figura al vivo trasladada
Del Orco negro y lóbrega morada.

En esto un cerro de agua levantado,
Que amenazando al cielo se venia,
Embiste al galeon de don Garcia,
Cubriéndole del uno al otro lado;
Apenas, sumergido y anegado,
La punta de la gavia descubria;
Tragaron agua y muerte los de dentro,
Juzgando aquel por último recuento.

Mas pasa al fin el golpe y trago acedo,
Y sale sacudiéndose la gente,
Al tiempo que otro monte mas potente
Le encara con mas impetu y denuedo;
Espérole su nao que yo no puedo,
Por no tener costado suficiente
La rota navecilla de mi vena,
Menesterosa ya de dar carena.

CANTO IV.

Declara el fin que tuvo la tormenta, y cómo don Garcia, llegado á la bahía de la Concepcion, toma puerto en la isla de Talcaguano, adonde está dos meses esperando los caballos, hasta que, constreñido de la necesidad, pasa á la Tierra firme, haciendo en ella un fuerte, en el cual, recogido con su gente, aguarda la que por tierra viene. En el inter se junta contra el todo el inferno en consulta general, y de ella sale Megera á dar aviso á Caupolicán de la oportunidad y buena coyuntura que tiene para dar sobre el nuevo fuerte y destruírle, antes que le llegue el socorro que espera.

Ninguno por gastado que se sienta
Venda la saya verde á su esperanza,
Sabiedo que es la súbita mudanza
Manjar de que esta vida se sustenta;
No dude que tras ante de tormenta
Ha de servirse postre de bonanza,
Y menos del favor celeste dude,
Pues cuando todo falta, Dios acude.

En dar trabajos tiene tal estilo,
Que como esgrimidor diestro y galano,
Al secutar el golpe da de llano,
O toca blandamente con el filo;
Y bien que alguna vez alargue el hilo,
Por donde el hombre cuelga de su mano,
Dejándole que estire de la hebra,
Pero jamás de parte suya quiebra.

Es la tribulacion, si bien se advierte,
Un disfrazado bien por mal tenido;
En vez de ser amado aborrecido;
Es vida en traje y hábito de muerte;
Es muestra para el ancho pecho fuerte,
Alarde para el flaco y encogido,
Es una enfermedad que no inficiona,
Mas donde la virtud se perficiona.

La roca de las ondas azotada
Predica la firmeza que sostiene,
Y á descubrirse limpio el grano viene
Cuando la rubia espiga está trillada;
La citara del músico tocada
En alta voz pregoná las que tiene,
Y si el trabajo duro al hombre toca,
Se ve su fortaleza mucha ó poca.

Así que adversidades y aflicciones
Son guerras donde el Rey del cielo envía
A los que de su bando y compañía
Procura dar enseñas y blasones;
Y destes ilustrísimos varones
Es uno el generoso don Garcia,
Que cuanto mas el píelago le cubre,
Su levantado pecho se descubre.

Bien que lo siente á veces apretado
Con ver que la tormenta va creciendo,
Y el ánimo á los suyos falleciendo,
Que es lo que mas le abije en tal estado;
Mas cuanto mas ceñido y estrechado,
Su corazon mas alto va subiendo,
Como la fuente á manos fabricada
Por atañor estrecho encaminada.

Su capitana enhiesta en lo mas alto
Taladra las estrellas con la punta;
Ya con el alto Júpiter se junta,
Ya con Pluton se pone en presto salto;
Cual águila, que azores dan asalto,
Ligera da una punta y otra punta,
Así tan rauda sube y rauda baja,
Tratándola los vientos como paja.

Sobre el estremecido camarote
Serenó y firme el jóven parecia
Diciendo al cielo: « Si es por culpa mia
Tan áspero castigo y duro azote,
Sin que, Señor, el mundo se alborote,
Ni muera esta inocente compañía,
Que solo va á plantar tu fe sagrada,
Descargue en mí la furia de tu espada. »

Mas cuando allá en lo hondo de su pecho
Al cielo desta suerte hablando estaba,
Aquel turbion, envuelto en ira brava,
Se vino al vaso trémulo derecho;
Cerró con él en impetu deshecho,
Rompiendo con la fuerza que llevaba
La escota del trinquete yerta y dura,
Con otro grueso cable de la mura.

No para en esto el golpe desmedido,
Que el rápido furor con que venia
Dejó sin el fiador que lo tenia,
Al puño del trinquete desasido;
El cual (suceso raro nunca oido)
Como sin orden suelto discurria,
Pasó por cima el ancla raudamente,
Trabando su tenaz y corvo diente.

Prestóle tal vaiven y fuerza el viento,
Que estando tan asida y amarrada,
Mas fácil que sortija á la pasada
Se la llevó arrancada de su asiento;
Y con arrebatado movimiento,
Ya de la vela el áncora colgada,
Por una y otra parte dañá, ofende,
Quebranta, descoyunta, rompe, biende.

Con ella Tramontana montantea,
Haciendo á cada vuelta calle y plaza;
Esgrimela Aquilon como una maza,
Que los maderos frágiles golpea;
El Abrego furioso la volteá,
Y cuanto encuentra parte y despedaza;
Bóreas la juega haciéndola que cimbre
Como delgado junco y flaca mimbre.

Cual anda la pelota sacudida
En rápido y reciproco meneo,
Saltando con furioso devaneo
De la pared y mano resurtida,
A fuerza del impulso rebatida
De bote, de cotin y de voleo,
De esta manera el áncora se andaba,
Haciendo buena chaza do llegaba.

No es fábula ni poética figura,
Ficion artificiosa ni ornamento,
Sino verdad patente, la que cuento,
Que es de lo que se precia mi escritura;
Y débese entender que tal hechura
No solamente fué del mar y viento,
Sino de aquel diabólico vestigio
Que siempre nos persigue en este siglo.

El por su mano el ancla desamarrá
Y quiere hacer ya piezas el navio,
Mas Dios, que en el socorro no es tardío,
Con solo su querer le pone amarra,
Haciendo que la dura y corva garra,
Llevada por aquel ventoso brio,
Afiere del bauptenacamente
Perdiendo en él su furia delincuente.

Como el que estando ya para ahogarse
Con todos cuatro músculos batiendo,
Y en vano el agua líquida hiriendo
Sin esperanza casi de salvarse;
Si á dicha topa un ramo en que trabarse,
Sosiega el cuerpo mádido y tremendo;
Así fué nave y gente sosegada
Despues de vela y áncora trabada.

Con el dichoso caso repentino
Tan presto fué en salir el descontento
Y á entrarse por las almas el contento,
Que hubieron de chocar en el camino;
Y deste golpe atónita y sin tino
Estuvo nuestra gente en detrimento,
Hasta que vencedora la alegría
Del todo calentó la sangre fria.

Levanta el rostro al cielo soberano
El General, y en lágrimas deshecho,
Refiere á Dios las gracias de este hecho,
Reconociendo que era de su mano;
Y súbito, por mas que el mar insano
Entonces levantaba el ronco pecho,
Comienza con la vela ya tomada
A gobernar la nave quebrantada.

A la vecina costa dieron lado,
Que peñascosa y hórrida se via,
Y á orza enderezando recta via,
Se vuelven á su rumbo comenzado;
El enemigo viento mas airado
Y las preñadas ondas á porfia
De nuevo los combaten y contrastan,
Mas contra las de Dios, que fuerzas bastan?

Que el jóven, á pesar de todo el resto,
Navega el de la noche tempestiva,
Luchando con el aire y agua esquivá,
Al impetu de entrambos contrapuesto;
Hasta que el manto lóbrego y funesto
Del hombro de la tierra se derriba
Y deja descubierta aquel tocado
De perlas y de aljófares cuajado.

Entonces, cuando el gárrulo grumete
Cantando saludaba el claro día,
Se descubrió á los ojos la bahía
Que por la Concepcion sus aguas mete;
Cazaron luego á popa su trinquete
Con el debido gozo y alegría,
Y antes que el sol su luz hubiese abierto
Lanzaron las amarras en el puerto.

Surgió la rota armada en Talcaguano,
Isleta bien de sierras amparada,
De algunos pobres indios habitada,
De poco efecto en guerra y menos mano;
Adonde el espumoso mar insano,
Haciéndose una plácida ensenada,
A los navales huéspedes acoge
Sin que maretá ó viento los enoje.

Así como en la negra y dulce arena
El áncora hincó su duro diente,
Alzando mil alborotas la gente
Se olvida del afan pasado y pena;
Mas antes que saltasen, les ordena
El cauto General cristianamente
Que como no los dañe el enemigo,
En todo se le haga trato amigo.

Con esto los bateles botan fuera,
Y dentro nuestros milites metidos,
De las seguras armas prevenidos
Saltaron en la sólida ribera;
Adonde por una áspera ladera
Los bárbaros istenos recogidos
Bajaron de tropel con mano armada
A defender su tierra saltada.

Mas era, como dije, triste gente,
De oscuro nombre y número pequeño,
De estrecho corazon, al fin isteno,
Adonde el miedo está seguramente;
Y así, no bien llegaron frente á frente
A ver de la contraria el duro ceño,
Cuando templado aquel orgullo y brio,
Quisieran verse léjos del navio.

Pues como el escuadron llegase al puerto,
Do estaba nuestra gente recogida,
En el primer furor y arremetida
Cayó de un arcabuz un indio muerto;
En viéndolo, sin orden, sin concierto
Los otros se pusieron en huida,
Dejando á su despecho libre el paso,
En fe de su temor y pecho escaso.

Verdad es que en el tiempo de la bruma
Están los moradores de la tierra
Tan torpes para el uso de la guerra
Como para volar mojada pluma;
Y como no se entienda ó se presuma
Ser interés crecido el que se encierra
En dar asalto entonces ó batalla,
Jamás se moverán de virona á dalla.

A tal sazón los bárbaros sosiegan
En su galpon de paja ó rudo rancho,
Do arriman la macana y el rodancho,
Y al elemento cálido se llegan;
Los vibradores arcos, de que juegan;
Ahorcan de la estaca ó medio gancho,
Hasta que viene el tiempo del estío,
Con que entran en calor, esfuerzo y brio.

Los nuestros, en habiendo derramado
Aquella amedrentada compañía,
Sacando de las naves lo que habia,
Si alguna cosa el mar habia dejado,
En fuerte puesto y sitio acomodado
Plantaron la tremenda artillería,
Haciendo el General que se soltase
Para que el indio, oyéndola, temblase.

Mas los de Talcaguano, como vieron
La bélica nacion allí venida,
Apercibieron luego su partida
En góndolas y balsas que tuvieron;
Sus hijos y mujeres los siguieron,
Dejando soterrada la comida,
Y las desiertas chozas y moradas,
Ya de los propios dueños saqueadas.

Algunos que en el pobre alojamiento
Nuestros exploradores alcanzaron,
En españoles pechos extrañaron
El blando y amigable tratamiento;
Venidos ante el grave acatamiento
Del nuevo Apó, que atónitos miraron,
Les dió comida, ropa y otros dones,
Moviéndolos con obras y razones.

La cifra dellas fué certifficallos
Que solo era su blanco y su motivo
Hacer que conociesen un Dios vivo
Que quiso con su sangre rescatallos,
Y que se confesasen por vasallos,
Con someter al yugo el cuello altivo,
Del sacro don Felipe sin segundo,
Monarca universal de todo el mundo.

Mostróles por el título y derecho
Que los cristianos esto pretendian,
En especial de aquellos que se habian
Apóstatas, despues de fieles, hecho;
Propúsoles el público provecho
Que dando al Rey la paz, recibirian,
Con los terribles daños que en su tierra
Causaba el uso fierro de la guerra.

Añade al fin que en nombre y en persona
Del solo invicto rey de los hispanos,
Si mas no toman armas en las manos,
Por las tomadas antes les perdona;
Mas que si, despreciando su corona,
Hicieren cruda guerra á los cristianos,
Se les habrá de hacer á sangre y fuego,
Sin dárselos minuto de sosiego.

Despáchalos con esto libremente,
Enviándolos en paz enriquecidos,
Y dello, al parecer, agradecidos,
Mas iba lo secreto diferente;
Los nuestros en el sitio competente
Al tiempo criminoso prevenidos,
Temiendo su rigor y sus ofensas,
Levantán ya reparos y defensas.

Quién, el desierto albergue trastornando
En término mas breve que de un hora,
Cargado vuelve y crespo de totora
Do están las camaradas aguardando;
Quién con la verde juncia rumorando,
Quién con la seca paja cortadora (7),
Quién por allá, cubierto de carrizo,
Mas erizado asoma que un erizo.

Al talle que en aquel festivo día
De palmas y de olivas coronado,
Cuando en Jerusalem á Cristo entrado
Celebra su romana iglesia pia,
Hierva el mundo pueblo por la via
Habiendo el bosque y selva despojado,
Y á costa suya espesos y ramosos
Al templo van en trulla presurosos;

Así los españoles van y vienen
Envueltos en aristas y bullicio,
Haciendo de albañiles el oficio,
Ya que los materiales juntos tienen;
Otros, que nada en esto se detienen,
Por ser de tienda ó toldo su servicio,
Se ocupan en lo que es mas ordinario,
Sacando el aparejo necesario.

Cuál hiere el pedernal fogoso y duro,
Apacientando el fuego entre la yesca,
Cuál por coger del agua dulce y fresca,
Da la celada al claro arroyo puro;
Cuál, de la agudá hambre mal seguro,
El avecilla caza, el pece pesca;
Quién tuesta el trigo, quién el maíz confita
Y los agudos dientes ejercita.

Lo mas de su corpóreo nutrimento
Es húmida semilla mareada,
Del bravo mar apenas perdonada,
Por no la haber tenido á mano el viento.
Tan poco fértil es aquel asiento
Y avaro en sí, que no hay sacalle nada
Que sirva de refresco á la comida,
Añeja, y aunque poca, desahrida.

No solo tiene falta de frutales
Adonde la silvestre fruta crece,
Mas aun de los estériles carece,
Ora plantados, ora naturales;
Ni allí se ven humildes matorrinales,
Ni yerba levantada se parece,
Sino tan raso todo á la redonda,
Que no hay adonde un pájaro se esconda.

Es infecundo el sitio de manera,
Que Chile puede bien llamarle ajeno,
Y si es lugar legitimo chileno,
De su prosapia fértil degenera;
Adonde no hay quebrada ni ribera
En que Favonio y Céforo sereno
Parleras aves, árboles y fuentes
No tengan como en éxtasis las gentes.

Sola esta parte fué sin hermosura,
Porque faicion no tiene que lo sea,
Mas siempre oi decir que á la mas fea
Le tiene Dios guardada su ventura;
Pues el de seso y no de edad madura
La quiere, la visita, la pasea,
Y mereció de todo aquel asiento
Ser la primera en dalle alojamiento.

Aunque ella, de este bien desconocida,
Como le tiene en casa, lo desdena,
Mostrándosele esquiva y zahareña,
Seca, enfadosa, libre y sacudida;
Quiero decir cuán dura es la acogida,
Pues no produce aun género de leña,
Que es falta grande, es un trabajo eterno,
Y mas en la sazón del crudo invierno.

Mas como casi nunca en lo que hace
Naturaleza próspera cojea,
Y no hay necesidad que no provea
Por el camino y modo que le place
La falta de la leña satisface
Con otra (¿quién habrá que me lo crea?)
Tan exquisita, rara y peregrina,
Que no sé yo si Plinio la imagina.

Hallóse toda la insula sembrada
En copia tal, cardumen y caterva,
Que en abundancia frisa con la yerba,
De un género de piedra encarrujada;
La cual una con otra golpeada
Produce vivo fuego, y lo conserva,
Sin que se mate en mas de medio día,
Que tanto tiempo en sí lo ceba y cria.

Con estos pues, mejor que en fina brasa
De pacayales (8) trozos procedida,
Guisaba nuestra gente la comida
Mal sana, mal sabrosa y bien escasa;
Mas todo este trabajo sufre y pasa,
Y la brumal crudeza desmedida,
Con ver que yendo en todos por delante
Les muestra el joven ledo su semblante.

En pruebas y ejercicios de la guerra
Los habilita, ocupa y entretiene,
Por engañar al tiempo mientras viene
El esperado ejército por tierra;
El cual, por el rigor que el cielo encierra,
Ya fuera de lo justo se detiene,
Mas caminar tres leguas cada día
A todo reventar no se podía.

Los rios, de sus madres arrancados,
Sus espaciosas márgenes bañaban,
Y arrebatadamente se llevaban
Los gruesos troncos y árboles copados;
Por lodos y caminos esponjados
Las entumidas bestias atacaban,
Lo cual era disculpa conocida
Para la dilacion de su venida.

Dos meses don Hurtado los aguarda,
Sufriendo la escaseza deste asiento,
Y al inclemente cielo turbulento
Envuelto en su aguadera oscura y parda;
Mas viendo lo que el fido campo tarda,
Y que le va faltando bastimento,
Pasar á tierra firme determina,
Dejando aquella insólida y mezquina.

Para que estando mas la tierra adentro
Pudiese dar favor al bando amigo,
Si acaso con el bárbaro enemigo
Tuviese en el camino algun rencuentro;
Y devisar el ánimo y el centro,
Poniéndose á la mira, como digo,
De lo que se tratase en el senado,
Que esto le daba entonces mas cuidado.

Con este fin se embarca y toma tierra,
En fe de una cerrada noche oscura,
Y de su clara y próspera ventura,
En el riñon y fuerza de la guerra;
Ciento y ochenta el bando suyo encierra,
Y con tan poca gente se aventura
A acometer empresa no esperada
Ni menos que difícil arriscada.

Fué digna de su pecho tal hazaña
Y de que se eternice entre la gente,
Entrarse sin caballos libremente
Hollando al enemigo la campaña;
Mas el valor, que siempre le acompaña,
En corazon tan ancho no consiente
Verse recluso agora y estrechado,
Y siendo el propio mar estarse aislado.

La exhalacion del rayo, que encendida
No cabe en el angosto y pardo seno,
Le rompe al fin, y sale con el trueno
Tras una rauda furia desmedida;
Así, por no venir á la medida
Del joven el marítimo terreno,
Vino á romper con él dificultades,
Tronando hasta las últimas edades.

Pues no bien asentó en el suelo duro
Los piés, que ya volaron de la barca,
Cuando la tierra atentamente marca
Buscando sitio adonde alzar un muro;
Hallóle á su proposito seguro,
Y aun el mejor de toda la comarca,
Adonde quiso luego hacer el fuerte
Para esperar en él su buena suerte.

Sobre una verde loma, en cuya cumbre
Se forma una tendida mesa llana,
Que con el agua placida y humana
Aconsejando está su pesadumbre;
Antes que difundiera el sol su lumbré
Al fresco despuntar de la mañana,
Amaneció subido nuestro bando
Con árboles la cima coronando.

Por una parte el mar con su hondura
La tiene defendida y amparada,
Por otra el ser altísima y peinada
La fortifica, guarda y asegura;
Y por la que se muestra mal segura,
Se hace un ancho foso y albarrada
De terraplen tupida por de dentro,
Que pueda rebatir un duro encuentro.

Por los robustos jóvenes reparte
El general cuidados las tareas,
Con que ya van creciendo las trincheas,
Y suben la barrera y baluarte;
Sirviéronle al mancebo en esta parte
Sus argentadas fuentes de bateas
Para sacar la tierra de la cava;
Tan poco la culdicia le empachaba.

Unos el cerro sólido barrenan
A fuerza de las puntas aguzadas,
Otros de gruesas vigas mal doladas
Los huecos y capaces hoyos llenan;
Otros los bosques lóbregos atruenan
Con el pesado son de las espadas,
Cortando de los árboles espesos
La trama de fagina y troncos gruesos.

Al fuerte llevan ramas, trozos, vigas,
Siendo mejor la carga en los mejores,
Cual van los encolmados segadores
A la era con las fértiles espigas;
O bien como las prósperas hormigas
Con granos mucho mas que ellas mayores,
Van por carriles negros y senderos
Marchando en escuadron á sus graneros.

El vigilante Apó no estaba ocioso,
Que agora ya los suyos animando,
Agora ya con ellos trabajando,
No le vagaba punto de reposo;
Y viéndole solícito y cuidadoso,
Se daba tanta prisa el fuerte bando,
Que no gozó otra vez del alborada
Sin acabar la cerca y albarrada.

En siendo pues del todo levantado
El basto muro y sólida barrera,
Arbolan de Filipino la bandera,
A vista y á despecho del estado;
El prevenido joven don Hurtado,
Que como tenga tiempo, no lo espera,
Hace plantar seis piezas de campaña
En el mejor lugar de la montaña;

Adonde con su gente recogido,
A sombra de su muro y honda cava,
Por horas los caballos aguardaba,
Y cada punto al bárbaro atrevido;
Y así para el asalto apercebido,
Sin padecer descuido siempre estaba,
Ni perdonar trabajo que viniese,
Por desmedido y áspero que fuese.

No estaba allá en su muro tiberino
El bello Julio Ascanio tan alerta,
Mil veces asomándose á la puerta
Cuando el gallardo Turno sobre él vino;
Ni el ver que tarda el padre en su camino
Le sollicita tanto y le despierta,
Como al caudillo ilustre en este asiento,
Do no refrena un punto el pensamiento.

Pues déle rienda y corra, que entre tanto,
Si su favor esfuerzo me concede,
Me importa declarar lo que sucede
Allá en el tribunal de Radamanto.
Sintiendo mucho el reino del espanto
El ver de la manera que procede
Tan en su daño el recto joven fuerte,
Intenta remediarse desta suerte.

El azufrado Rey del hondo averno
Mandó juntar en lóbrego concilio
A los que le juraron domicilio,
Y están al disponer de su gobierno,
Para que contra el justo mozo tierno
Al bárbaro se dé favor y auxilio,
Haciendo su poder, porque le venza,
Y saque al Orco triste de vergüenza.

Manda que dé un baladro el Cancerbero,
Y al son de aquella horrisona bocina,
Viene la tropa réproba y mezquina,
Volando cada cual por ser primero;
Apriesa rema el sórdido barquero,
Dejando gran concurso á la marina,
Que pide á sordos gritos el pasaje
Del infeliz y misero estalaje.

Entró la yerba barba rebujada,
Cerdoso, inculto y hórrido el caballo,
Lanzando humo azul por el resuello,
Perfume de la fétida morada,
Su vil persona trémula y gibada,
Metido entre los hombros todo el cuello,
Y el remo por el uno atravesado
De gruesa y verde lama embanderado.

Entró con su peñasco ponderoso
Aquel parlero Sisifo rodando,
Y esotro con su rueda volteando,
Por ser ingrato á Jove poderoso;
Entró el jayán de amor libidinoso
Al buitire con el hígado cebando,
Y el felicida Tantalo avariento
En medio del Eridano sediento.

Vino tambien deshecha en triste llanto
Aquella que por ser mirada presto
Contra la condicion y pacto puesto,
El galardón perdió del dulce canto;
Y aquel que aborreció la Juno tanto,
Siendo nó mas de envidia causa de esto,
Que trastornado el seso y el sentido
En forma de leon su prole vido.

Vino Demomorgon, famoso mago,
Autor de las fantasmas y visiones,
Y el adalid insigne de ladrones,
A quien Alcides dió su justo pago;
Salieron del humoso y turbio lago
Cercado de diabólicas legiones,
La dama de Jason y la del toro,
Con el que sus manjares eran oro.

Y vos tambien, frenético Tereo,
Cruel estuprador de Filomena,
Que en la virginea miel de su colmena
Hartastes como zángano el deseo,
Manifestando el crimen torpe y feo,
Culpa merecedora de otra pena,
Bajastes convertido en abubilla
A vueltas de la pésima cuadrilla.

Tampoco tú del cóncilave faltaste,
Incestuosa hija de Cínira,
Que con cautela pérfida y mentira
La cama paternal contaminaste;
Ni tú, que á los troyanos enganaste
Templando con tus lástimas su ira,
Ni tú, que por llegar á ver la fuente,
Viste ganchosos cuernos en tu frente.

El bando de las Belides se muestra,
Que por haber al padre obedecido,
Cada una dió la muerte á su marido,
Excepto aquella celebre Hipermestra;
De su delito vienen dando muestra,
Y de la pena y daño merecido,
Que es agotar el agua á Lete hondo,
Sacándola en un cántaro sin fondo.

Tambien las tres Euménides furiosas,
Que de la noche fueron engendradas,
De tábidas culebras enlazadas,
Entraron iracundas y rabiosas;
Y aquellas tres Gorgónides hermosas
De viboras mortales coronadas,
Que en esto se tornaron sus cabellos,
Despues que se prendó Neptuno dellos.

Entraron Elo, Océpito y Celeno,
A quien brotó la tierra y ondas frías,
Aquellas tres famélicas harpías,
Tan ávidas y amigas de lo ajeno,
Las que jamás se ven el vientre lleno,
Ni el pico y uñas pálidas vacías,
Entrando a su pesar también con ellas
El ciego perseguido tanto de ellas.

No dejan de venir tras esta tropa
Los tres que el reino juzgan del espanto,
El corvo Eaco, Minos, Radamanto,
Hijo del alto Júpiter y Europa,
La que dejó, embarcándose, por popa
La tierra de Fenicia, y pudo tanto,
Que de su claro nombre sin segundo
Le tiene la mejor parte del mundo.

Las que lo llevan todo por el filo,
De donde inexorables se dijeron,
Las últimas de todos acudieron,
Con proceder severo y grave estilo;
Cloto la rueca, Láquesis el hilo,
Y las fiseras Atropos trujeron,
Blasones de la muerte endurecida,
Ganados tan a costa de la vida.

Pues estos que es la gente más de cuenta
Por criminales hechos afamados,
Ocurren al rector de los dañados
A ver lo que de nuevo le atormenta;
Con otra multitud que no se cuenta,
Que por diversas culpas y pecados
Ocupan calabozos diferentes,
En el hatir eterno de los dientes.

Entrado el infernal ayuntamiento
Al cavernoso báratro quemado,
Y cada cual en orden asentado,
Si alguno puede haber en tal asiento;
El negro Rey del triste alojamiento
Sobre un sitial ardiente levantado,
Con duro aspecto y voz horrible y fiera
Del pecho la arrancó desta manera:

«Si con haberos visto no templara
Esta rabiosa llama de mi pecho,
Con que le siento ya ceniza hecho,
No sé, con ser Pluton, si reventara;
O si por mano vuestra no esperara
Quedar de quien me agravia satisfecho,
En el humoso Lete me hundiera,
De donde para siempre no saliera.

«Ya veis cómo este próspero mancebo
En su gobierno va por tal camino,
Que, ó yo seré mafísimo adevino,
O él será el estrago del Erebo;
Pues ultra de que al fin es el renuevo
De aquel fecundo tronco Mendocino,
Le presta Dios auxilios eficaces,
Y mueve sus ejércitos y haces.

«No sé por dónde pueda ser entrado,
Pues no hay en él resquicio ni repelo,
Ni agalla en que se trabé aquel anzuelo,
Que a sus antecesores han trabado;
Porque del cebó en que ellos han picado,
Que es el metal del fértil indo suelo,
Tiene tan apartado el apetito,
Que no hay por él cogelle en el garlito.

«Y si con ambición le hacemos guerra,
O le queréis llevar por injusticia,
Ya veis con la equidad y la justicia
Que echó los ambiciosos de la tierra;
Pues presunción mirad si en él se encierra
O si soberbia alguna el alma envicia
Del cuerpo, que se ajusta con el suelo,
Por el que se disfraza en blanco velo.

«Pues ya si por deleites sensuales
Quisiésemos entralle blandamente,
¿No vistes cuál huyó tan cautamente
Del Mapochó vicioso los umbrales?
Cotijo, a mi pesar, destas señales,
Que no se lo estorbando prestamente,
Reducirá de suerte a todo Chile,
Que mi corona y cetro se aniquile.

«Por esto en viva rabia estoy deshecho,
Y lo que hace más que me deshaga
Es ver que un mozo agora en cierno haga
Lo que granados viejos nunca han hecho.
Esta es la llama ardiente que en mi pecho
Con todo el lago Estigio no se apaga,
Y la que, como lámpara, se cria
A costa desta negra sangre mía.

«¿Quién de vosotros hay que no la tenga
Ya presa en lo interior de las entrañas,
Y allí, como en aristas y espadañas,
No la dilate, cebe y entretenga?
Decidme, ¿será bien que ahora venga
A derribar por tierra las hazañas
De todos los que estáis en el profundo
Uno que apenas ha salido al mundo?

«¿Cómo que ya, soberbio bando oscuro,
El fuego, que me enciende, no os encienda?
¿Cómo podréis sufrir que el orbe entienda
Que os postra y supedita un hombre puro?
Por toda la infernal potencia juro,
Canalla infame, lóbrega y horrenda,
Si no poneis silencio en mi cuidado,
De abrir á Febo el cóncavo cerrado.

«No se me esconde a mí que es imposible
Llevar al cauto joven por engaños,
Mas han de remediarse nuestros daños,
Por el camino y término posible;
Porque es dolor intrínseco y terrible
Que lo que vuestro ha sido tantos años,
Lo tiranice agora el firmamento,
Alzándose con todo mi ornamento.

«De mí sabéis, tartáreas potestades,
Si en perseguille mínima he faltado,
Pues yo en el fluctuoso mar salado
Le removi tan bravas tempestades;
Yo provoqué las húmidas deidades,
Haciéndole poner en tal estado,
Que ya tuviera yo seguro el mio,
Si un ángel no librara su navío.

«Mas ya que le sacó su buena suerte
Y la infelice vuestra de mis manos,
Con tal que de los pies andéis hermanos,
Agora es cosa fácil darle muerte;
En tierra firme tiene un flaco fuerte,
Do con pequeña parte de cristianos,
A pié, con hambre y sed está recluso,
Atribulado, tímido y confuso.

«Importa que se dé el aviso desto
Al hijo de Leocan en todo caso,
Para que con su gente a largo paso
Sobre el reciente muro venga presto;
Primero que, según el orden puesto,
Llegue, para sacalle a campo raso,
El tercio, que por tierra veis que marcha,
Cubierto de carambano y escarcha.

«Y si Caupolican remisó fuere
En acudir él propio al estacado,
Por le tener agora encadenado
El blando amor de Fresia, por quien muere,
Dirásele que al menos se requiere
Enviar allá la fuerza del Estado,
Para que más seguro tenga el hecho
Y vuestro oscuro príncipe su pecho.

«Pues alto, sus, escuadra tenebrosa,
¿Qué me detengo más? ¿En qué me alargo?
¿Quién hay entre vosotros que a su cargo
Quiera tomar empresa tan honrosa?
¿Qué corazón, oyéndome, reposa?
¿A cuál no se le hace el tiempo largo
Para tomar por todos la demanda
Cuando no mire más que a quien lo manda?

«¿Quién rabia ya por ir con fiero mano
Sembrando con mortífero veneno
Por ese campo indómito chileno
Y embraveciendo el ánimo araucano?
¿Quién muere por meter al indio insano
Mil cóleras y furias en el seno?
¿Quién arde por llover en sus estanzas
Discordias, iras, odios y venganzas?»

Así les habla el Padre del Abismo,
Y luego aquella infausta compañía
Promete en sordas voces a porfía
De revolverle todo el barbarismo;
Cada uno se le ofrece por sí mismo,
Mas él, que bien a todos conocía,
Solo escogió á Megera, furia brava,
Que sola para mucho más bastaba.

Salió de allá por un respiradero
Cubierto de mil aspides la dama,
Y envuelta en humo azul y rubia llama,
Con paso más que rápido y ligero;
Consientela salir el Cancerbero,
Aunque de oler el huelgo que derrama
Arroja regañados estornudos,
Abriendo boquerones colmilludos.

Desembocó la furia ponzoñosa,
Sus alas de serpiente sacudiendo
Con áspero, confuso y ronco estruendo,
Solicita en su cargo y cuidadosa;
Pasada pues la cárcel tenebrosa,
Y al aire con su vista escureciendo,
Enderezó su vuelo sordo y vano
En busca del infiel Caupolicano.

Devisale de lejos, y al momento
Transforma aquella horrida figura
En falsa y aparente hermosura
Para poner en práctica su intento;
Mas yo, que de la casa del tormento
Acabó de salir por gran ventura,
Es bien que a descansar me pare un tanto,
Pues no es como el de Sisifo mi canto.

CANTO V.

Recreáanse Caupolican y su querida Fresia en una floresta, adonde habiendo pasado amorosas razones, se entran a bañar en una fuente. Llega Megera con su embajada, y efectuado su intento, se vuelve a los abisanos. Vienen veinte mil indios sobre el nuevo muro de Penco, donde se comienza el asalto con mucho furor y sangre de ambas partes.

Jamás al justo faltan enemigos,
Ni la virtud sin émulos estuvo,
Que, como el Unigénito los tuvo,
Es fuerza que los tengan sus amigos;
Compreban esto el mundo de testigos,
Pues hay agora, y siempre así los hubo,
Para uno solo bueno muchos malos,
Un Curio y más de mil Sardanapálos.

Y que los haya es cosa conveniente,
Pues hacen a los buenos recatados,
Y siendo por los impíos apurados,
Descubren su pureza claramente;
Que nunca el sol se ve tan refulgente
Como cuando le cercan los nublados,
Ni más alegre está la bella rosa
Que cerca de la espina escerpulosa.

El malo está sirviendo al bueno de ayo
Para que nunca en él descuidos haya,
Ni pase al mal un punto de la raya,
Mas tras el bien se arroje como un rayo;
En flores de virtud le torna un mayo,
Y en todo más compuesto que una maya,
Esle acicate agudo en lo que es bueno,
Y para lo contrario duro freno.

Mal puede un hombre ser del todo justo
Si no le ciñe de uno y otro lado,
Trayéndole medido y ajustado
Con sus contradicciones el injusto;
Jamás al pié vendrá el calzado justo,
Si no viniere estrecho y apretado,
Ni el bueno lo es del todo, como digo,
Si no le está apretando el enemigo.

Por tanto, desengañese el cristiano,
Y téngase por dicho, si lo fuere,
Que no le faltarán, mientras viviere,
Opuestos que le carguen bien la mano;
Y cuando no los tenga en pecho humano
Si tan feliz estrella le corriere,
Habrálos de tener en el infierno
Como los tiene agora el joven tierno.

En cuyo daño vimos que Megera
Dejó la negra bóveda volando,
Y al general de léjos devisando,
Cambió para su fin la forma fiera;
Llegado por zenit entonces era
El tiempo, la sazón y punto cuando
A la cabeza el sol su rayo tira,
Y a nuestros piés la sombra se retira.

A Eton, Flegono y Pirois eucalmados
El Cintio dios latónico tenía,
Y con el gran calor del mediodía
De gruesa y blanca espuma encubiertos;
La fuerza de sus átomos dorados
A la del tiempo estivo parecía,
Poniendo al cuerpo estímulos y gana
De dar consigo en frígida fontana.

Estaba a la sazón Caupolicano
En un lugar ameno de Elicura,
Do, por gozar el sol en su frescura,
Se vino con su palla mano a mano;
Merece tal visita el verde llano,
Por ser de tanta gracia y hermosura,
Que allí las flores tienen por floreo
Colmalle las medidas al deseo.

Allí jamás entró el setiembre frío,
Nunca el templado abril estuvo fuera,
Allí no falta verde primavera
Ni asoma crudo invierno y seco estío.
Allí, por el sereno y manso río,
Como por trasparente vedriera,
Las návades están a su contento
Mirando cuanto pasa en el asiento.

Tal vez del rojo sol se están burlando,
Que, por colar allí su luz febea,
Con los tejidos árboles pelea,
Que al agua están, mirándose, mirando;
Tal vez de ver que el viento respirando
A los hojosos ramos lisonjea,
Tal vez de que los dulces ruiseñores
Cantando les descubran sus amores.

Entre una y otra sierra levantadas,
Que van a dar al cielo con las frentes,
Y al suelo con sus fértiles vertientes,
La deleitosa vera está fundada;
¿Oh quién tuviera pluma tan cortada
Y versos tan medidos y corrientes,
Que hicieran el vestido deste valle,
Cortado a la medida de su talle!

En todo tiempo el rico y fértil prado
Está de yerba y flores guarnecido,
Las cuales muestran siempre su vestido
De trémulos aljófares bordado;
Aqui veréis la rosa de encarnado
Allí al clavel de púrpura teñido,
Los turquesados lirios, las violas,
Jazmines, azucenas, amapolas.

Acá y allá con soplo fresco y blando
Los dos Favonio y Géfiro las vuelven,
Y ellas, en pago desto, los envuelven
Del suave olor que están de sí lanzando;
Entre ellas las abejas susurrando,
Que el dulce pasto en rubia miel resuelven,
Ya de jacinto, ya de croco y cliecio,
Se llevan el cohollo y superficie.

Revuélvese el arroyo sinuoso,
Hecho de puro vidrio una cadena,
Por la floresta plácida y amena,
Bajando desde el monte pedregoso;
Y con murmurio grato sonoro
Despacha al hondo mar la rica vena,
Cruzandola y haciendo en varios modos
Descansos, paradillas y recodos.